

“QUEDÉME Y OLVIDÉME”, UNA HISTORIA DE PURO AMOR ENTRE SIERRA MÁGICA Y SAN JUAN DE LA CRUZ

Encarnación Medina Arjona

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

El juego de luces preside las estrofas de la *Noche oscura*¹, organizando un recorrido en claroscuro. De estos versos nace una estética del camino, de la progresión en la noche, que hace del poder evocador del espíritu el elemento esencial de un paseo espiritual que se superpone a los contingentes de la realidad.

La *Noche oscura*, como señala Manuel Caballero Venzalá², “debió ser escrito en la segunda mitad de 1578, cuando su autor se encuentra ya

¹ 1. En una noche oscura / con ansias, en amores inflamada, / ¡oh dichosa ventura! / salí sin ser notada, / estando ya mi casa sosegada. // 2. A oscuras, y segura, / por la secreta escala disfrazada, / ¡Oh dichosa ventura! / a oscuras, y en celada, / estando ya mi casa sosegada. // 3. En la noche dichosa / en secreto, que nadie me veía, / ni yo miraba cosa, / sin otra luz y guía, / sino la que en el corazón ardía. // 4. Aquésta me guiaba / más cierto que la luz del mediodía, / adonde me esperaba / quien yo bien me sabía, / en parte donde nadie parecía. // 5. ¡Oh noche que guiaste! / ¡Oh noche amable más que la alborada: / oh noche que juntaste / Amado con Amada. / Amada en el Amado transformada! // 6. En mi pecho florido, / que entero para él sólo se guardaba, / allí quedó dormido, / y yo le regalaba, / y el ventalle de cedros aire daba. // 7. El aire de la almena, / cuando yo sus cabellos esparcía, / con su mano serena / en mi cuello hería, / y todos mis sentidos suspendía. // 8. Quedéme, y olvidéme, / el rostro recliné sobre el Amado, / cesó todo, y dejéme, / dejando mi cuidado / entre las azucenas olvidado.

² Manuel Caballero Venzalá y otros, *San Juan de la Cruz y Jaén*, Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 1992, p.21.

en el Convento del Calvario”. Juan de la Cruz acaba de pasar momentos de noche oscura en la cárcel de Toledo, y luego en su huida, hasta poder llegar al “abrigo de la noche segureña³”. Las palabras del ilustre investigador giennense interpretan muy pertinentemente estas estrofas como “elementos todos trabajados y elevados por el sublime poeta a la categoría alegórica del proceso de purificación interior, hasta llegar a la mística unión con Dios⁴”. Nosotros, nos limitaremos a buscar lo que el paisaje aporta de sublime a la escritura del autor.

Para ello, nos acercaremos también al *Cántico espiritual*⁵ de San Juan de la Cruz. De las siete categorías que sobre lo sublime⁶ en el paisaje

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

⁵ 1. Cántico Espiritual (CA) / Canciones entre el alma y el Esposo // 1. ¿Adónde te escondiste, / Amado, y me dejaste con gemido? / Como el ciervo huiste, / habiéndome herido; / salí tras ti clamando, y eras ido. // 2. Pastores, los que fueres / allá por las majadas al otero: / si por ventura vieres / aquel que yo más quiero, / decidle que adolezco, peno y muero. // 3. Buscando mis amores, / iré por esos montes y riberas; / ni cogeré las flores, / ni temeré las fieras, / y pasaré los fuertes y fronteras. // 4. ¡Oh bosques y espesuras, / plantadas por la mano del Amado! / ¡Oh prado de verduras, / de flores esmaltado! / Decid si por vosotros ha pasado. // 5. Mil gracias derramando / pasó por estos Sotos con presura, / e, yéndolos mirando, / con sola su figura / vestidos los dejó de su hermosura. // 11. ¡Oh cristalina fuente, / si en esos tus semblantes plateados / formases de repente / los ojos deseados / que tengo en mis entrañas dibujados! // 12. ¡Apártalos, Amado, / que voy de vuelo! / El Esposo / Vuélvete, paloma, / que el ciervo vulnerado / por el otero asoma / al aire de tu vuelo, y fresco toma. // 13. Mi Amado, las montañas, / los valles / solitarios nemorosos, / las ínsulas extrañas, / los ríos sonoros, / el silbo de los aires amorosos, // 14. la noche sosegada / en par de los levantes del aurora, / la música callada, / la soledad sonora, / la cena que recrea y enamora. // 15. Nuestro lecho florido, / de cuevas de leones enlazado, / en púrpura tendido, / de paz edificado, / de mil escudos de oro coronado. // 21. De flores y esmeraldas, / en las frescas mañanas escogidas, / haremos las guirnaldas / en tu amor florecidas / y en un cabello mío entretejidas. // 26. / Detente, ciervo muerto; / ven, austro, que recuerdas los amores, / aspira por mi huerto, / y corran sus olores, / y pacerá el Amado entre las flores. // 27. Entrado se ha la esposa / en el ameno huerto deseado, / y a su sabor reposa, / el cuello reclinado / sobre los dulces brazos del Amado. // 29. A las aves ligeras, / leones, ciervos, gamos saltadores, / montes, valles, riberas, / aguas, aires, ardores / y miedos de las noches veladores, // 31. Oh ninfas de Judea!, / en tanto que en las flores y rosales / el ámbar perfumea, / morá en los arrabales, / y no queráis tocar nuestros umbrales // 35. Gocémonos, Amado, / y vámonos a ver en tu hermosura / al monte ó al collado / do mana el agua pura; / entremos más adentro en la espesura. // 36. Y luego a las subidas / cavernas de la piedra nos iremos, / que están bien escondidas, / y allí nos entraremos, / y el mosto de granadas gustaremos.

⁶ Chrystèle BURGARD y Baldine SAINT GIRONS, *Le paysage et la question du sublime*, Réunion des Musées nationaux, Paris, 1997.

han estructurado los grandes investigadores para la expresión artística, cuatro de ellas (la grandeza de la montaña, la oscuridad del bosque, la virtud del camino, la simplicidad de la luz) encuentran su más esplendorosa expresión en el paisaje que Juan de la Cruz experimenta en Jaén y que marcarían sus escritos y su vida.

La montaña, en su grandeza, su vertical y su altura le acompañan en esta provincia donde se interpreta, casi como premonición del “quedé-me”. La montaña en sí es un reto a la representación. El momento de la grandeza absoluta. Parece que lo sublime de grandeza no tolere ninguna mezcla de ideas: incluso el intento de poner al lado a personajes para dar la escala fracasa frecuentemente. Pues la pequeñez combinada con la grandeza, lejos de aumentar el efecto, distrae la atención. Sin embargo el sujeto que Juan de la Cruz sitúa por las montañas de Jaén es un “sujeto del conocimiento puro”, de ahí que forme perfecta unidad con el paisaje.

Desde Duruelo, fray Juan de la Cruz viene buscando otra cosa, algo que no pertenezca a las costumbres del siglo. Cuando cruza Despeñaperros, huyendo de la cárcel del convento de Toledo, cuando, desde Beas, camino del Calvario, se le aparece la Sierra de Segura, debió aparecerle la vertical, como eje de lo sublime; algo así como lo que Edmund Burke⁷ anotó en 1757 como el privilegio de la vertical en relación al horizonte. La altura, significación primera del griego *hypsos*, obliga al hombre a levantar la mirada. Lo sublime, en un texto inevitable en toda contundente formación de los espíritus superiores del siglo XVI, *De sublimitate — Sobre lo sublime* (Longino⁸)—, queda definido según tres perspectivas: el objeto elevado que reta la representación, el carácter inaudito de las tentativas por acercarse a él y la técnica que constituye la condición de posibilidad de alcanzarlo. Se recogen, pues, estas tres características que todos podríamos comprender si no fuésemos de Sierra Mágica. Y digo esto para demandar al observador que se sitúe, por ejemplo, en Úbeda, desde donde la ha visto y recreado Antonio Muñoz Molina, o desde Baeza, donde la

⁷ Edmund BURKE, *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo bello y lo sublime*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.

⁸ Primera edición de *De sublimitate*, por Francesco Robortello, primer editor en Basilea, en 1554.

observara Antonio Machado, y el mismo Juan de la Cruz, e incluso invito a verla desde Cástulo, donde no dejaría indiferente a Aníbal.

Las perspectivas que señala Longino de lo sublime; el reto a la representación (Mi Amado, las montañas, / los valles solitarios nemorosos, / las ínsulas extrañas, / los ríos sonoros, / el silbo de los aires amorosos.), las tentativas por acercarse y la técnica, (Buscando mis amores, / iré por esos montes y riberas; / ni cogeré las flores, / ni temeré las fieras, / y pasaré los fuertes y fronteras) presentes en el *Cántico espiritual* que su autor escribiera en Baeza (“prolongando así el *Cántico espiritual* hasta la estrofa treinta y cuatro⁹”), dan cuenta de las impresiones que sobre su extrema sensibilidad pudo dejar Sierra Mágina.

Además, la altura es origen del movimiento. Esta prerrogativa de la altura, la debemos a Aristóteles por haberla subrayado enérgicamente. Por el mismo hecho del peso, la altura es el punto de origen de todo movimiento; es el centro a partir del cual se organiza el horizonte circularmente —como lo supone la cara norte de Sierra Mágina para cualquier observador situado al norte del Guadalquivir—; y es finalmente la dimensión absoluta que nos obliga a transformar todo en un sistema de posiciones relativas. Sólo un espíritu altísimamente elevado, como el de Juan de la Cruz, podía recrear en unas cuantas estrofas lo sublime del paisaje de Jaén o la imponentia de Sierra Mágina vista desde la Baeza del siglo XVI.

Hasta llegar a Jaén, y quedarse, y olvidarse, y, ya en Úbeda (14 de diciembre de 1591), reclinar el rostro sobre el Amado para descansar definitivamente, Juan de la Cruz había recorrido un camino duro, aunque aún le quedara el desierto de soledad y penitencia del Carmelo reformado. Tal y como la escribe el P. Jerónimo de San José¹⁰, nació en Fontiveros

⁹ Eulogio PACHO, “Los escritos de San Juan de la Cruz”, *XX Siglos*, II, 1991, n° 5, 64-79.

¹⁰ « Avertissement : La vie de saint Jean de la Croix. Elle est du père Jérôme de saint Joseph, Carme déchaussé, qui l'écrivit en 1618, vingt-sept ans seulement après la mort du Saint. [...] l'une des meilleures, ce qui lui valut d'être placée en tête des Œuvres du saint dans la grande édition de Séville (1702). » Advertencia de Bernard Chocane, in *Vie et oeuvres spirituelles de l'admirable docteur mystique, le bienheureux père saint Jean de la Croix : premier carme déchaussé et coopérateur de la séraphique mère sainte Thérèse de Jésus dans la réforme de l'Ordre de Notre-Dame-du-Mont-Carmel* (Éd. ornée de 3 gra-

(Ávila) el 24 de junio de 1542, siendo pontífice Pablo III y emperador Carlos V. Su padre murió y la viuda quedó en la indigencia. Lo colocó en una escuela de Medina del Campo para niños pobres y abandonados, buscándole una educación en la virtud y que le instruyeran en las primeras letras. Lo que más le gustaba era asistir la misa diaria en el convento de la Magdalena de las religiosas Agustinas. Alfonso Álvarez de Toledo, encargado de administrar el hospital general de la ciudad, se fija en él. Con doce o trece años se lo lleva al hospital para aprender a cuidar a los pobres. Quería formar lo para que más tarde fuera a la vez el intendente y el capellán del hospital. Al mismo tiempo que ayudaba en el hospital, estudiaba gramática y retórica; luego siguió cursos en la facultad de Artes aprendiendo lo más sutil y abstracto de la filosofía y la metafísica. Se aplicó especialmente en el estudio de la parte de la filosofía que explica la naturaleza y las propiedades del alma, en comprender sus funciones y sus efectos en sus relaciones con el cuerpo, con sus facultades, sus órganos y sus sentidos. Buscó cómo consigue ésta concebir en su lugar de exilio, donde vive dependiendo de las formas y las imágenes sensibles, que la filosofía llama fantasía o imaginación; y cómo esas imágenes que le vienen por los sentidos, pueden producir otras más nobles de naturaleza totalmente espiritual; cómo el entendimiento, después de percibir las cosas oscuras, engendra otras perfectamente claras. Y ya por entonces le gustaba mortificarse, ayunar, velar, y si se dormía, procuraba que la cama fuese lo más dura posible hecha de saco de sarmientos.

A los veinte años, la escuela, la iglesia y el hospital eran sus tres espacios. Es dulce en sus palabras, modesto en su exterior, ameno en sus relaciones, amable con todos e inspirando respecto. El Carmen de la Observancia acababa de fundar allí el convento de Santa Ana. Se dirigió a ellos para hablarles de su deseo. Y tomó el hábito de nuestra Señora del Carmen en 1563, con 21 años, tomando el nombre de Juan de San Matías. Estudiando la regla de su Orden, Juan descubrió que la sociedad religiosa a la que pertenecía, profesando la regla dada por san Alberto, patriarca de Jerusalén, no la observaba según la forma primitiva de los

vures sur acier) / trad. nouvelle faite sur l'édition de Séville de 1702 ; publ. par les soins des Carmélites de Paris ; introd. par le T. R. P. Chocarne, Douniol, Paris, 1877, p. XI.

antiguos religiosos del Carmelo, ni siquiera según la explicación del papa Inocencio IV, quien la mitigó. En su lugar, reconoció que observaban una regla corregida y mitigada por el papa Eugenio IV. En esto estaba cuando cayó entre sus manos el texto de la Regla primitiva. Pidió permiso a sus superiores para seguir él en su práctica las observancias primitivas, y se la concedieron a condición de que conformara su vida exterior a la de la comunidad.

Viendo sus superiores un espíritu distinguido, le enviaron a Salamanca para seguir estudios de teología en el colegio que los Padres de la Observancia tenían en dicha ciudad.

Terminados sus estudios, obligado al sacerdocio, al que por humildad se resistía a la manera de san Jerónimo y de Francisco de Asís, lo enviaron al convento de Santa Ana para cantar su primera misa. Pero él seguía interesado en buscar la separación de lo mundano y alejarse en la soledad de la Cartuja. Por esa época, la madre Teresa de Jesús buscaba los medios para reformar los religiosos de su Orden, empleando a los que ya habían profesado la Observancia. Estaba la Santa en Medina del Campo, donde acababa de fundar el segundo convento de Carmelitas. Allí habló con el Padre Antonio de Heredia, prior de la Observancia, quien se ofreció para comenzar con ella la Reforma. Estaba entonces Juan de la Cruz en Salamanca para ejecutar su intención de irse a la Cartuja de Segovia. El padre Pedro de Orozco, había hablado de Juan a Santa Teresa, ésta sintió la convicción de que este religioso era el que deseaba ardientemente. Habiendo encontrado la perla preciosa que ella buscaba.

En 1568, don Rafael Mejía Velázquez ofreció a Teresa de Jesús una casita en Duruelo. Esto convenía a su deseo de fundar en la soledad y la pobreza. Se fue hacia allí con un albañil que había trabajado en la fundación de Valladolid, con la intención de ayudarle a dar a la casa la forma de monasterio. En su celda, la cama de paja y una piedra de almohada; una cruz para atarse, una cabeza de esqueleto para contemplar la muerte, era toda la decoración. De la cocina de la casa sacó el Santo la cocina del convento y el refectorio, dividiéndola en dos. Imponiendo así la regla no sólo al mundo, sino a los edificios monásticos, frente a los majestuosos que parecen palacios. Mandó por la noche al albañil a pedir limosna y trajo unos pedazos de pan que cenaron con alegría. Se impuso la obligación

de andar sin sandalias ni alpargatas, con los pies desnudos; y así se ofreció a los ojos del mundo el primer Carmen descalzo. Dos meses después, llegaría el padre Antonio.

Antonio de Heredia llegó con fray José. El 28 de noviembre del año de gracia de 1568, renunciaron a la regla mitigada. Cambiaron de nombre y se llamaron Antonio de Jesús, José de Cristo y Juan de la Cruz. En junio de 1570, el convento es transferido a Mancera. Allí llega Juan con dos novicios. En Octubre lo llevaron a Pastrana como vicario de la casa. En 1571 se funda en Alcalá un colegio, y le envían como primer rector. En octubre, Teresa de Ávila es elegida priora del convento de la Encarnación de Ávila. Y consiguió que Juan de la Cruz fuera el confesor. Esperaba ella dejar este convento de la Observancia tal y como estaban sus casas de la reforma. En 1572 llegó Juan de la Cruz con el padre Germán de San Matías, y se alojaron en una casita cerca del monasterio.

El poder de su voz, la autoridad de su palabra le dieron fama. El nombre de Juan de la Cruz corría de boca en boca; sólo se hablaba de él. Comenzaron a querer conocerle, a entrar en contacto con él, a entrevistarse para pedirle consejo y recibir remedios. No sólo las personas del mundo, también religiosas de otras órdenes, querían participar de sus celestiales bendiciones. Y tuvo que ir a muchos a visitarlas, confesarlas, darles charlas espirituales¹¹.

En el Capítulo provincial de 1577 de Almodóvar, le llegó la violenta persecución. Los descalzos dirigían el monasterio de la Encarnación, que era de la Observancia, y Jerónimo Tostado quiso acabar con esto. Llevaron preso al padre Germán de San Matías al convento de la Moraleja y a él al de Toledo. 9 meses. Allí cayó en la noche oscura. Se escapó. Después le enviaron de vicario al convento del Calvario, en Jaén, pues el prior de allí había sido enviado a Roma. De camino, pasó por Beas. Ana de Jesús y sus hijas le dan muestras de estima y alegría. Le cantaron, y entró en éxtasis, agarrado a la reja del locutorio.

En el Calvario, seguro en su soledad bien amada, se sintió como un pajarillo en su nido. No pudo encontrar mejor lugar para la soledad, el

¹¹ Jerónimo de San José, “Abrégé de la vie du bienheureux père Saint Jean de la Croix par le père Jérôme de Saint Joseph carme déchaussé” in Bernard Chocarne (ed.), *op. cit.* p.95.

silencio y la oración. “Allí comían hierbas salvajes que comían crudas, utilizaban un asno para probarlas y comían las que comía el animal. Al burro lo llamaron ‘el conocedor’. Comían hierbas cocidas con ajo, y del agua del hervido hacían la sopa. El aceite era para las fiestas. Cuando les regalaban calabazas la aderezaban con unas gotas de vinagre¹²”. El espíritu de pobreza y recogimiento de esta casa era como el que implantó anteriormente en Duruelo. No dejaba a los hermanos ir a pedir limosna¹³.

Ana de Jesús escribe a la madre Teresa diciendo que están solas, que necesitan un confesor. Teresa les responde que tienen ahí a Juan de la Cruz, que lo llamen. Iba todas las semanas a confesarlas, atravesando la legua montañosa¹⁴. No llegaba a siete meses en el Calvario, cuando llegó la fundación del colegio de Baeza. Fue rector el 14 de junio de 1579; admirablemente, como hizo en Alcalá. Se vivía en Baeza con perfección y santidad como en el desierto de la Tebaida. No deja de acompañar a las hermanas de Beas¹⁵.

El provincial de la Orden es por esas fechas el Padre Jerónimo de la Madre de Dios, que está decidido a hacer la fundación de Descalzas en Granada. Envío al vicario provincial de Andalucía, el P. Diego de la Trinidad, a Beas para hablar de ello, en octubre de 1581, con la priora, Ana de Jesús. La madre Ana quiere primero consultarlo con Juan de la Cruz que está en Baeza, y le escribe. Éste le aconseja ponerse manos a la obra. Fray Juan viaja a Ávila para traerse a la fundadora. Sin embargo, llega el 8 de diciembre a Beas sin ella, para gran desilusión de Ana. Trae una carta disponiendo que sea ella la fundadora de las Descalzas de Granada. Un mes largo esperan en Beas, preparándolo todo para partir a la menor indicación.

El día 13 de enero de 1582 está todo listo para el viaje. Es sábado. Por la tarde llega la noticia: el vicario provincial envía un recado diciendo que pueden ponerse en camino, y ya nada les detiene, ni una terrible tempestad que se desencadena, tan espantosa ‘que parecía se hundía todo el

¹² *Ibid.*, p.147.

¹³ *Ibid.*, p. 148.

¹⁴ *Ibid.*, p. 156.

¹⁵ Según Jerónimo de San José, otro éxtasis en Beas con ocasión de la misa de la Santísima Trinidad.

mundo con agua y piedra’, como dice la propia fundadora, ni un mal que ha dado a ésta, Ana de Jesús, y que tiene asustados a los médicos. Preparan las cabalgaduras, y el lunes, día 15, a las tres de la mañana, salen de Beas camino de Granada. Van siete monjas¹⁶, fray Juan de la Cruz y fray Pedro de los Ángeles.

“Los caminos, encharcados por la tormenta del sábado, están intransitables. Las mulas se atollan en el barro arcilloso. Pero el tiempo es bueno. Hacen alto de jornada a las ocho leguas, en Torreperogil, [...] recogen a una joven que ha pedido el hábito para lega, y que se llamará Catalina de los Ángeles, y reanudan el viaje por Úbeda, Baeza, [siguiendo el camino Real de Granada a Cuenca del siglo XVI: Venta de las Guardas (Jódar), venta de Carvajal (Bélmez de la Moraleda), Venta del Duque (Huelma), Guadahortuna, Venta Nueva (Domingo Pérez)] Iznalloz... Ignoramos dónde pasan la noche del día 16. Para la del 17 ya han llegado a Deifontes” [...]”¹⁷.

Llegaron a Granada el día de San Fabián y San Sebastián¹⁸, ese 20 de enero de 1582, se instalan en Granada, acompañado por Ana de Jesús, en el monasterio de San José.

El relato de cómo discurrió el camino por Sierra Mágina que haría Beatriz de San Miguel, luego priora de Granada, y que recoge Jerónimo de San José, no puede ser más revelador de la inspiración que la naturaleza vivida, como él la experimentaba, imprimía en su obra:

“Iban ellas solas en un carro, y el Venerable Padre, y su compañero en jumentos, al lado del, llenando el tiempo, y horas repartidas para sus ejercicios religiosos, se empleaban en el Oficio divino, oración mental, y silencio, con la puntualidad y devoción, que si estuvieran muy quietos en sus casas. [...] Confesaban y comulgaban en los lugares que había comodidad para ello, y haciales por el camino sus pláticas espirituales, tratando siempre de nuestro Señor: pero con tanta gracia, que juntamente les servía

¹⁶ María de Cristo, Antonia del Espíritu Santo, Beatriz de Jesús, Ana de Jesús, Lucía de San José, María de San Pablo y Beatriz de San Miguel.

¹⁷ Crisógono de Jesús, *Vida y Obras de San Juan de la Cruz*, Biblioteca de autores cristianos, 1973, Madrid, p. 208.

¹⁸ Jerónimo de San José, *Historia del venerable padre Fr. Juan de la Cruz, primer descalzo carmelita*, Diego Díaz, Madrid, p.492.

de divertimento alegre en el camino, porque de las cosas del campo, de los ríos, montes y valles, del cielo, que allí gozaban anchuroso y claro, tomaba motivo para tratar de las cosas celestiales y divinas”.

Vemos, pues, que la relato de Beatriz de San Miguel coincidiría con los elementos naturales presentes en la estrofa del *Cántico espiritual*: “Mi Amado, las montañas, / los valles solitarios nemorosos, / las ínsulas extrañas, / los ríos sonorosos, / el silbo de los aires amorosos”.

Se tiene constancia de la costumbre de fray Juan de la Cruz de llevar a sus hermanos a orar en la naturaleza, de ahí que nos parezca probable que la referencia a detenerse a confesar en “los lugares que había comodidad para ello” nos permita situar éstos en lugares propicios que la propia Sierra Mágina les ofrecía, más apropiados que las ventas donde pudieran pasar la noche; primero por el intenso amor de comunión que el Santo veía entre Dios y la naturaleza, y también porque en las hospederías debieron guardar más recato aún de lo habitual en ellos. Sirva la siguiente cita para corroborarlo:

“No se le oyó, ni vio jamás palabra, o acción menos compuesta y recatada, ni la compañía de viaje tan largo causó en él llaneza alguna, o la familiaridad que suelen los caminos [...] Cuando llegaban a las posadas (lo que se procuraba fuesen muy decentes) acomodaba luego el Venerable Padre sus Monjas con tanta modestia y religión, donde se guardaba el retiro, y encerramiento posible”¹⁹.

Según los investigadores, siendo prior de Los Mártires, escribiría: “Gocémonos, Amado, / y vámonos a ver en tu hermosura / al monte ó al collado / do mana el agua pura; / entremos más adentro en la espesura”, que será la primera estrofa que se cree escribió en Granada.

El desplazamiento, hilo conductor de la *Noche oscura*, ideario de la *Subida al Monte Carmelo*, progreso espiritual hacia el encuentro nupcial del alma y el Amado en el *Cántico espiritual*, es camino en la obra del Santo.

El análisis nos acerca de nuevo a lo sublime; el camino es una temática relacionada con la Virtud, como categoría de lo sublime. Una temática que de nuevo vemos unida al paisaje de Sierra Mágina, esta vez, no

¹⁹ *Ibid.*, pp.492-493.

intuida por la montaña vista desde Baeza, sino resultado de la experiencia vivida por fray Juan de la Cruz.

El camino es sublime en cuanto que es un reto a la virtud. La componente filosófica del caminante expone la dificultad de elegir a cada cruce de caminos, es decir, en todas las experiencias posibles. Esto es lo que recuerda la fábula de Xenofonte, según la cual, a la edad en que los jóvenes debían ya elegir y mostrar el camino que seguirían, el de la virtud o el del vicio, Hércules, sentado en un lugar solitario debía elegir entre las dos vías que se abrían a él²⁰. El tema, magistralmente estudiado por Panofsky, en lo relativo a la iconografía, opera en los cuadros religiosos diferenciando el “paisaje moralizado²¹” representando dos espacios: el *Aera sub lege* (sin ley) y el *Aera sub gratia* (bajo la gracia divina). En la relación que hemos citado anteriormente del viaje hacia Granada, atravesando Sierra Mágina, queda patente el interés por mostrar el paisaje de valles, montañas, ríos y cielo como espacio de *Area sub gratia* que Juan de la Cruz no duda luego en mostrar como espacio por donde debe discurrir el Alma.

El marco tranquilizante del viaje espiritual permite instaurar la escucha apacible del “canto del mundo”. El mínimo matiz del paisaje contribuye a dar una percepción tenue: declive del viento, fuego que se consume o ruidos sordos del bosque, todo lo que anima el paisaje es evocado en el fulgor de la sensación fugaz. Al contacto con la naturaleza, la idea de infinito se presenta al autor. La sucesión de naturaleza acompaña y motiva así la progresión del viaje espiritual, subrayado por un paso sutil de la evolución física del caminante, hacia una más abstracta. El paisaje influye en la percepción del viajero, pero también sobre la progresión: la inmersión en el mundo natural deviene experiencia metafísica, preparada por la luz y operada por el sentimiento final del “infinito”. La vida nace de la muerte, haciendo la apología de la perfección armoniosa de los elementos organizados por un Dios ordenador de las perfecciones naturales. La expansión anticipa el desplazamiento del viajero, pasando del ámbito

²⁰ Xénophon, *Entretiens mémorables de Socrate*, Paris, Victor Lecou, 1850, p. 102.

²¹ Erwin PANOFSKY, *Essai d'iconologie*, Gallimard, Paris, p. 82.

físico de la marcha a otro, todo interior, de resonancias sensitivas. “El avance lento le permite encontrar el lugar que es el suyo²²”.

Si bien ha quedado esta relación concreta por Sierra Mágina, no significa que sea la única vez que pase. Son muchos los conventos que abarca la jurisdicción del vicario provincial de Andalucía²³. Además, se sabe que aprovechaba cualquier ocasión para volver a Beas, a Baeza, a la Manchuela. Si bien como vicario se recorría todos los conventos de la Orden en Andalucía, sentía además una especial predilección por seguir visitando y cuidando aquellos que él había fundado. Atravesaba tanto por Belmez, Huelma, como por el otro extremo de la Sierra; queda también constancia de un hecho que le ocurrió en Benalúa de las Villas viniendo de Granada a La Manchuela.

“Gocémonos, Amado, / y vámonos a ver en tu hermosura / al monte ó al collado / do mana el agua pura; / entremos más adentro en la espesura”. Sí es verdad que, documentalmente, pues, podemos relacionar la presencia de Sierra Mágina en la poesía de Juan de la Cruz con otra categoría de lo sublime: la oscuridad (que ya vimos al principio en la *Noche oscura*, pero que ahora aparece directamente relacionada al paisaje (la espesura).

En otra estrofa del *Cántico espiritual* (¡Oh bosques y espesuras, / plantadas por la mano del Amado! / ¡Oh prado de verduras, / de flores esmaltado! / Decid si por vosotros ha pasado), el bosque es el lugar reservado, el reto a la capacidad de vuelo del pensamiento. Si la vertical es el eje privilegiado de lo sublime, si la horizontal consigue, por medio de diferentes subterfugios, presentar la idea de sublime, la combinación original de los dos ejes se presenta en el paisaje en forma de bosque. El bosque constituye el cuadro dentro del cuadro, a veces visto desde los límites, como elemento marginalizado. El bosque, para el estudio del paisaje, aparece bajo dos ángulos: como lugar separado, limitado por murellas de árboles y por el techo de las cimas de los árboles; y también como lugar que impone nuevas formas de visión. El corte entre el exterior y el interior es determinante: la visión dentro del bosque supone la exclusión de un punto de vista más amplio, bajo el cielo, y la adopción de un punto

²² Sébastien BAUDOIN, *Poétique du paysage dans l'œuvre de Chateaubriand*, Classiques Garnier, Paris, 2011, p. 291.

²³ Véase el capítulo “Por los caminos de Andalucía”, in Crisógono de Jesús, *op. cit.*

de vista decisivo. En la oscuridad del bosque la visión es limitada, pero también renovada, pues ese lugar ideal para el errante es también lugar para maravillarse. Oscuridad de un espacio reservado regido por sus propias normas; oscuridad de lo incomprendible; oscuridad fundada sobre una renunciación a lo visible y atravesada por una aguja de luz esencial. También es el lugar de la oscuridad rica y tranquila del mundo nocturno, la intimidad del bosque no violado por los cazadores. Oscuridad que aleja nuestro pensamiento del mundo sensible para solicitarla en sus resortes esenciales.

Podemos aplicar al paisaje de la poesía sanjuanista lo que Yves Bonnefoy estudia sobre Jourdan, “el paisaje está intacto mientras no esté contaminado por el decir²⁴”. Y es que Juan de la Cruz parece, adelantándose a todos los poetas de la historia, girar su palabra hacia el más allá de la capacidad ordinaria, mantenerla en una percepción puramente sensible, liberarla de connotaciones que someten la conciencia al saber o a la vanidad del proyecto, porque “existe otro universo además del material, que lleva nombre de naturaleza; y es éste y sólo éste el que merece ser llamado realidad²⁵”.

Con el tiempo, Fray Juan de la Cruz vino a fundar a Sierra Mágica el convento de Mancha Real, en honor a la Inmaculada Concepción. El Arcediano de Úbeda, Juan de Ocón, poseía en la Manchuela una casa con huerta grande y jardín, donde venía sólo en época de descanso. No era la única propiedad que tenía en el lugar, pues había ido adquiriendo otras fincas con el fin de dejarlas a un sobrino, que finalmente falleció pronto siendo Descalzo.

El 24 de enero de 1586 se reunieron los Señores del Concejo para hacer Cabildo y ya allí se informó de la noticia de que frailes descalzos de la ciudad de Baeza vendrían a la villa a fundar monasterio. La labor preparatoria y el entusiasmo fueron grandes por parte de los Descalzos y por el pueblo de La Manchuela:

Acertó a pasar a la Mancha el P. Jerónimo de la Cruz, discípulo aprovechado del Santo en todo género de virtudes, vió la finca del Arcediano,

²⁴ Yves BONNEFOY, *La Vérité de parole et autres essais*, Folio/Essais, Paris, 1995, p. 313.

²⁵ *Ibid.*, p. 315.

le agradó, así como el pueblo, y le pareció que allí estaría bien una fundación de la Reforma. Habló con el mayordomo de Don Juan Ocón, que le halló bien dispuesto y le dijo que el Sr. Arcediano hacía tiempo que tenía pensado dar su casa y finca de la Manchuela a una Orden, y que entre todas prefería la Descalcez. [...] Partióse a Baeza el P. Jerónimo, adonde se hallaba a la sazón el Santo y también el P. Agustín de los Reyes, y les dio cuenta de la buena disposición que había en el pueblo para que entrasen los Descalzos. Fueron los dos a examinar por vista de ojos la proyectada fundación, y vieron que el P. Jerónimo se había quedado corto en ponderar las ventajas que ofrecía. Hablaron con D. Juan Ocón, y se manifestó dispuesto a ayudarles largamente en cuanto necesitasen para establecer la comunidad²⁶.

En agosto de 1586, Juan de la Cruz, por entonces Vicario general de Andalucía, asistía en Madrid a una Junta de definidores que se celebraba en el Convento de San Hermenegildo de Madrid, siendo Fray Lucas de Jesús María el Provincial General de la Orden, en la que se acordó la fundación del convento de la Mancha. Fray Juan de la Cruz llevaba ya las buenas impresiones de las que hemos hablado. En Madrid, el 1 de septiembre de 1586 se aprobó la fundación quedando registrado en la historia de la Orden con estas palabras: “Asimismo se propuso y admitió en dicho definitorio el Convento de La Manchuela en Andalucía, y se comete al P. Fray Juan de la Cruz, vicario provincial de Andalucía, que sin renta y conforme a nuestras Constituciones, lo reciba y haga sobre ello las escrituras y diligencias necesarias²⁷.”

De vuelta de Madrid, Juan de la Cruz pide la licencia oportuna al Sr. Obispo de Jaén, Don Francisco Sarmiento de Mendoza, y se entrevista con el Arcediano Don Juan de Ocón. Se procedió enseguida a hacer las escrituras ante el escribano del pueblo Diego de Aranda, pero, de todo lo que se le ofrecía, el Santo aceptó únicamente lo necesario para la fundación; la casa y unos olivares cercanos. La escritura fundacional se conser-

²⁶ Silverio de Santa Teresa, *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América*, El Monte Carmelo, Burgos, pp. 584-588, citado por Rafael Roldán Guerrero, “El convento de Carmelitas Descalzas de Mancha Real”, *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, nº2, 1953, 15-68, p.26.

²⁷ Jerónimo de San José, *Historia del venerable padre...*, op. cit., p. 587.

va en el Archivo de Protocolos de Mancha Real y lleva la firma autógrafa de San Juan de la Cruz, a fecha de quince de octubre de 1586²⁸. Las condiciones del Arcediano a la Orden de la Descalcez eran las siguientes, a las que se comprometía el Fray Juan de la Cruz:

“se ha fundado e hago la fundación del dicho monasterio y convento en las dichas casas que da el dicho señor Arcediano, de la vocación de la limpia Concepción de Nuestra Señora la Virgen María, y residen en el algunos frailes de la dicha Orden, a mayor abundamiento y especialmente obligado al prior y frailes que de presente son e por tiempo fueren del dicho convento, que en lo que a ellos toca cumplir en esta escritura y condiciones de ella y dirán en cada un año en la iglesia de dicho convento las dichas nueve misas²⁹ de fiesta de Nuestra Señora e otra de San Juan Bautista y otra de San Juan Evangelista y otra de Omnium Sanctorum y los dichos doce aniversarios el primero día de cada mes el suyo, como va declarado; e por virtud de la dicha licencia y facultad y como Vicario provincial que soy de esta provincia, las instituyo y ordeno así lo guarden y cumplan y sobre ello les encargo las conciencias”.

Tres días antes, el 12 de octubre, festividad de la Virgen del Pilar, se había puesto el Santísimo Sacramento en una sala de la casa del Arcediano, preparada al efecto. El traslado se había realizado como una fiesta con música, danza y ramos de flores que aportaba el pueblo. Cantó la misa el propio Arcediano e hizo de predicador el prior de Córdoba. Quedaron, como Vicario del nuevo convento, el P. Eliseo de los Mártires, que estaba en Baeza, y como eran poco al principio, Juan de la Cruz dejó allí a su compañero Fray Juan Evangelista por un tiempo.

²⁸ Siendo testigos Antonio Becerra (con diferentes cargos en el Cabildo), Juan Cano (médico, procurador de los número en dicha Villa), Tomás Simancas de Vergara (ciudadano poderoso, registrador perpetuo de la Villa), Juan Rodríguez (clérigo, seguramente acompañando al Arcediano), Fernando Serrano (alcalde ordinario, descendiente de los Aranda de Alcalá la Real), Martín Chinchilla (alguacil), Cristóbal Delgado y Alberto Sánchez (vecinos de la villa y pertenecientes al pueblo llano). Además, debieron acompañar a Juan de la Cruz, desde Baeza, algunos frailes del Convento Colegio de San Basilio.

²⁹ Las mandas pías comenzaron ya antes de la fundación, cuando, el 2 de agosto de 1586, otorgó testamento Pedro de Quesada, Alférez Mayor de la villa; quien mandó se dijese por su padre, Miguel de Quesada, ochenta ducados de misas “en un monasterio de frailes descalzos que se trata de hacer en esa villa”.

Rafael Roldán Guerrero, en su artículo “El Convento de Carmelitas Descalzos de Mancha Real”, discurso de ingreso en el IEG³⁰, describe de esta manera el lugar donde presumiblemente se firmaron dichas escrituras: “El camino está como cercado de resecos y punzantes cardos. Juegan y pican los jilgueros arrancando a los morados borlones, el tributo de unas simientes; Fray Juan mira el camino y su vista se extasía pensando en que está hecho para ir y venir sin tregua; para ensangrentar los pies yendo y viniendo en el servicio de Dios; [...] mientras el espíritu vuela más alto [...]” a sus reflexiones le dice el Arcediano “Fray Juan, rogaros quiero que pongáis freno a vuestros secretos pensamientos y os hagáis presente luego aquí con vuestro espíritu por cosa importante a la que como sabéis, hemos venido.”

Si bien las propiedades entregadas eran grandes, los primeros meses fueron de vicisitudes en la vida monástica. Nos queda constancia de Fray Martín de la Asunción que dice que “en los primitivos tiempos de este Convento, se pasaban los religiosos cuatro y cinco meses comiendo hierbas y legumbres del campo, muchas veces sin aceite.” Fernando de la Madre de Dios recuerda: “Aquí lo tenemos, por ejemplo, en la fundación de la Manchuela cuando sus compañeros se felicitan de la hacienda que un generoso patrono dona al Convento, surge la voz delicada, pero inapelable, de Fray Juan tomando solo ‘lo preciso, lo ineludible’ y renunciando al resto para mejor guardar el voto de pobreza³¹.” Fray Martín de la Asunción y Fray Alonso de la Madre de Dios que dicen que “como en Baeza hacía aquí (en la Manchuela) San Juan de la Cruz ensayos de

³⁰ Rafael ROLDÁN GUERRERO, *art. cit.*

³¹ También cuenta el P. Alonso que estando en La Manchuela, “hallábase el Santo bastante delicado y tenía que comer de carne. Súpolo un vecino del pueblo, y le llevó una perdiz. Era enfermero el hermano Francisco de San Hilarión, y se la aderezó lo mejor que pudo y supo, porque quería mucho al Santo. Pero un gato, poco antes de la hora de la comida, olió la perdiz y se comió parte. El hermano se acongojó grandemente cuando lo supo, y en los momentos que estaban tan apurado, llegó por allí el santo Padre y le preguntó cuál era la causa de aquella aflicción. Al saberlo, le dijo que no se apurase por cosa tan chica y le dejó consolado.”

martirio con sus religiosos, complaciéndose en ser víctima y en padecer castigos muy rigurosos³².

Sobre la actividad evangelizadora, Silverio de Santa Teresa da algunos detalles del convento: “El Santo, viendo que el lugar es muy retirado, autorizó para recibir novicios, que entonces venían muchos de la Universidad de Baeza de la que dista La Manchuela cuatro leguas. Al año siguiente de ejecutada la fundación, al volver por allí el Santo, halló ya ocho con el hábito.” El padre Gracián: “También se fundó otro convento en La Manchuela, junto a Jaén, y era notable cosa y de mucha edificación ver venir muchas de aquellas labradoras a la Iglesia a oír cuando los frailes leían los puntos que se meditan en la oración mental, y asistir a la hora entera de oración como si fueran religiosas; y los mozos labradores cuando venían de su arada a las tardes, tener su hora de oración mental en la iglesia [...]”

Fray Juan volvía a Mancha Real siempre que podía. El hecho de haber sido el fundador del convento le permitía también unas visitas más frecuentes. Dice el P. Silverio que “Por lo retirado del convento de La Manchuela, el Santo se aficionó a él y le visitó varias veces siendo vicario provincial, dejando a la comunidad muy edificantes recuerdos”. El P. Alonso escribe lo que sucedió en el convento en 1587, cuando un año después de su fundación, vuelve en otra ocasión: “Fue el Santo de visita y supo que alguno de los religiosos y prelado habían alegrándose con menos religión la Pascua de Navidad, y, entre otras cosas, había entrado, al tiempo de comer, un novicio preguntando: — ‘¡Ay!!, ¿quién quiere buñuelos?’ , llevando en las manos una fuente de ellos, la cual les habían

³² El mismo padre Alonso hace relación de este hecho sucedido también en La Manchuela. Al salir el Santo para la elección de priora de Granada, les dijo que pronto volvería. Partido el Santo al P. vicario y a su compañero del varón de Dios les pareció ir a Baeza y vender allí un machuelo que traía el compañero por tener mal paso y comprar otro con otras algunas cosas para el nuevo convento. Volvió en el entretanto el Santo, y como halló menos a los dos y supo en lo que estaban, pareciéndole hecho de mozos, para reprenderles bien su hecho, despachó un mozo con su carta, en que les mandaba que, vista aquella, dondequiera que los hallase se partiesen luego por moradores del convento de La Fuensanta. Encontrólos el mozo, y partidos de Baeza para la Manchuela, ellos, vista la carta y lo que en ella se les ordenaba, con el mayor sentimiento se puede decir, entregaron al mozo el macho que habían comprado con unas mantas, y se volvieron a cumplir obediencia a La Fuensanta. Después, los volvió a sus oficios.”

enviado de limosna. Parecióle esto mal; sintiéndolo en gran manera y con gemidos suspiraba por ser violados los actos religiosos de su Orden, que con tales locuras se profanaban. Castigó la demasía del Prior y maestro de novicios por no haber prevenidos cosas tales antes y no las haber afeado después. Y mostró tanto sentimiento, que temieron quitara el hábito al novicio, que no tenía la mayor culpa de ello³³.”

Cómo era la vida en el convento de La Manchuela, cómo pasó las varias semanas que el Santo estuvo, con motivo de la fundación, hasta noviembre que regresó a Granada. Según Rafael Roldán³⁴, antes de su ruina, ocupaba una superficie de 7.832,5 metros cuadrados, lo que el convento y la iglesia no llegaban a ocupar 2.200 metros cuadrados. La entrada al convento era, por la fachada que daba al ejido del Humilladero, y supone que desembocaba en un patio con claustro y un piso superior, en el que se encontrarían las celdas de los frailes. En los bajos, estarían el refectorio, la cocina, y en el centro un pequeño jardín. La otra puerta, que aún subsiste, es la que daba acceso a la iglesia, que estaría constituida por una nave central en dirección E.O. con el altar mayor al fondo y en los laterales varias capillas. Se sabe que en la huerta había naranjos, pues el P. Jerónimo de San José narra cómo en las semejanzas de martirio que se hacían en La Manchuela, el propio Juan de la Cruz, atado a dos naranjos, recibía, en la espalda desnuda, rigurosos azotes como él exigía.

Sabemos también que no cambiaría sus formas de vida recia, que conseguía no comer carne y ayunar desde la fiesta de la Exaltación de la Cruz (14 de septiembre) hasta Navidad³⁵; que comía pan y algunas hierbas y otros alimentos similares; que observaba el silencio que se exige desde completas de la tarde hasta prima; que el capítulo de la regla que más seguía es el de rezar³⁶ día y noche; que tampoco olvidaba la santa pobreza que exigía la regla; y que, cuando estaba en un convento, el Santo acostumbraba ir pie a anunciar la palabra de Dios por los pueblos de los

³³ Silverio de Santa Teresa, *Historia del Carmen Descalzo...*, *op. cit.*, pp. 587-588.

³⁴ Rafael ROLDÁN GUERRERO, *art. cit.*

³⁵ Jerónimo de San José, “Abrégé de la vie du bienheureux père...”, *art. cit.*

³⁶ Los frailes reunieron una preciosa biblioteca, según Manuel MUÑOZ GARNICA, *San Juan de la Cruz. Ensayo Histórico*, Imprenta Sres. Rubio, Jaén, 1875, pp.249-250.

alrededores³⁷. Luego volvía a su convento, cansado y en ayunas; y sabemos que si le pedían quedarse a almorzar, no aceptaba la invitación. “Sólo trabajo para Dios, hermano mío, y no quiero ser agradecido ni pagado por los hombres.”

Debió el Santo cruzar los parajes de La Manchuela para acercarse a los pueblos cercanos, como ya hemos visto que era su costumbre. Sabemos que solía salir al campo de los alrededores, con sus novicios o solo, para meditar en medio de la naturaleza. Por aquellos años del siglo XVI, señala Roldán que “la vegetación que rodea el pueblo consiste en añosas encinas, robles y frondosos álamos que envuelto todo en la maraña de la maleza, desciende desde la base misma de la ‘Peña del Águila’ y se desparrama por toda la montaña hasta las mismas calles del pueblo”³⁸ por donde es fácil imaginar a fray Juan de la Cruz pasear, y llegar, sin temor a malinterpretar sus costumbres, llegar a la Peña del Águila, a la Cueva de los Murciélagos, a la zona de Morelguillos (con sus encinas y sus rosales silvestres), al arroyo del Montejón, gozar de la vistas del Aznaitín y del Almadén, de las cimas que tanto gustaba contemplar³⁹. Juan de la Cruz no es panteísta, Dios y las cosas no les son dadas simultáneamente; las criaturas lo llaman a Dios porque “vestidos los dejó de hermosura⁴⁰” (*Cántico*). Como los grandes eremitas del Monte Carmelo, los grandes contemplativos, el padre Juan estimaba que los medios humanos no nos llevan a Dios tanto como su obra natural.

Señala también Roldán un dato importante para la vida de un convento; que “el viajero que llegaba procedente de Jaén, de las poblaciones de la Loma o de Jimena, encontraba primero un amplio ejido, en uno de cuyos extremos había una cruz grande de piedra, de la cual tomaba nombre una fuente abundadosa allí próxima al humilladero”. Reunía, pues, el convento, las condiciones de agua y espacio para el jardín monástico, esencial en la vida precaria que llevaban. Un jardín monástico, segura-

³⁷ Jerónimo de San José, “Abrégé de la vie du bienheureux père...”, *art. cit.*, p.78

³⁸ Rafael ROLDÁN GUERRERO, *art. cit.*.

³⁹ Levantado el primero por la mañana, el Padre Juan acurrucado en su rincón, es el *passer solitarius in tecto*.

⁴⁰ Véase Bruno DE JÉSUS MARIE, *San Juan de Cruz*, Fax, Madrid, 1943.

mente parecido al del convento de Beas, que también gozaba de abundante agua; y realizado con el canon de la época.

El esquema del jardín monástico, heredado de la Edad Media, no recoge una concepción naturalista del mundo sino que se trata de una visión del mundo en el que Dios es el centro —de ahí que pensamos que el jardín de recreo del Arcediano sufriera enseguida los rigores de la mística. Luis de Santo Ángel dice expresamente que Juan “introdujo la costumbre de salir a *la huerta*, entre los árboles, para hacer oración⁴¹”. Además, obligaba también a sus novicios a orar en el jardín⁴². Y es que no hay que contemplar la naturaleza por su valor estético sino por su contenido simbólico: la naturaleza es un dato espiritual y no una realidad material. Las realidades son vistas a través del prisma de la analogía, de la tropología (del que la alegoría es la figura más corriente) para ir más allá de la imagen natural hasta el sentido espiritual que encierra. Pero un cambio de sensibilidad que se produjo en el siglo XIV procuró una mayor atención, sin dejar el lugar ocupado por Dios, hacia el mundo sensible, la naturaleza. Ya en el siglo XIII, San Francisco de Asís, propone una idea concreta; el *Cántico de las Criaturas* evoca una naturaleza visible, buena con el hombre, inocente del pecado original. En el siglo XIV, la escuela de Oxford propone una nueva visión del mundo, distinta a la de Aristóteles. La luz es la substancia común del universo, nace una nueva ciencia, la óptica, para analizar sus estructuras. La naturaleza es llevada de lo abstracto a lo concreto. Esto se traduce inmediatamente en una rehabilitación de la naturaleza por parte de los filósofos eclesiásticos (desarrollo de la decoración floral en la pintura y en las miniaturas e ilustraciones de los libros religiosos, y una nueva representación de la virgen no en el centro de un coro de ángeles o de santos, sino sentada en medio de ramos de flores en un jardín cerrado). Y los frailes organizaron también sus jardines en función de nuevos gustos, asociando nuevos símbolos.

⁴¹ Baeza, P.A. fº 50.

⁴² El servidor de Dios, lleno del amor del cielo, se libraba con tanto fervor a la oración, que se le veía buscar con diligencia los lugares secretos y favorables a la contemplación. Y así, en la oración de la tarde de *prima noche* que introdujo en su religión, salía al jardín y hacía que los religiosos hicieran lo mismo, entre los árboles. Y allí quedaban con quietud. Para la oración de la mañana, los hacía salir al pequeño jardín, más interior de la clausura (Baeza, P.A., fº50).

El Hortulus, inicialmente, no es más que una huerta en los primeros textos de la vida eremítica o cenobítica.

En la *Vita Hilarionis*, ensayo escrito por San Jerónimo a finales del siglo IV, San Hilarión, compañero de San Antonio, termina su vida en una isla de Chipre, y allí, viejo ya, pide que no guarden su cuerpo ni una hora después de su muerte, que enseguida lo cubran de tierra en el pequeño jardín, vestido con su túnica de piel de cabra.

El plano de Saint-Gall, reproducido con frecuencia, y recogido en el poema de Walahfrid Strabon, *Hortulus*, fue diseñado por hacia el 830 por Heito, obispo de Bâle, para Gozbert, abate de Saint-Gall. Se trata del plano ideal que ha inspirado posteriormente el reparto espacial de las construcciones monásticas. En él aparece un *Herbularius* o un jardín medicinal y un *Hortus* o jardín de legumbres o huerta, y aparece también un *Pomarius* o vergel-cementerio, donde se han plantado entre las tumbas 13 tipos de árboles frutales. El manzano, árbol del pecado original, está virtualmente ausente ya que se le aleja hacia el sud-oeste junto al peral. En su lugar se alza una gran cruz en el centro. Las cifras no son al azar: 13 árboles, 14 tumbas, una cruz: 28 es el segundo de los números perfectos⁴³.

El Hortulus tiene una función puramente económica y da abastecimiento de la cocina, pues la alimentación monástica era fundamentalmente vegetariana. Además, la ingeniosidad monástica saca feliz partido a la alimentación vegetariana; Hildegarde de Bingen, propone en su libro *Physica*, que el lirio y la rosa no son sólo flores simbólicas o decorativas, sino que la raíz de lirio cura la lepra blanca, y la rosa se recomienda para los problemas oculares y las úlceras, en poción o unguento.

El Pomarius, está más presente en las canciones de gesta y la poesía medieval que en la literatura cristiana medieval. Aunque ésta última sigue siempre una línea muy marcada.

También en el *Hortulus* de Walahfrid Strabon, que ya hemos referido, perteneciente a la gran época del renacimiento carolingio, restaurador de la cultura y las letras latinas, se expone, por ejemplo, el arte de domesticar la naturaleza y la manera de regar con cuidado. El texto es uno de los primeros en asociar a la Virgen las imágenes del *Cantar de los Cantares*

⁴³ Euclides, libro IX, *De los Elementos*, siglo III antes de Cristo (6, 28, 496, 8128).

y a consagrarle las rosas y los lirios; las rosas para simbolizar el martirio y la pasión, los lirios para expresar la pureza, la virginidad y la felicidad eterna.

Alberto el grande, fraile dominico, maestro de Santo Tomás de Aquino, será uno de los primeros teólogos que rehabilitan la naturaleza hecha a imagen de Dios; en su *Naturis Rerum* da una definición de cómo debe ser el vergel. Además de un tapiz de césped verde, en un extremo se plantarán perales, manzanas, granados, laureles, cipreses y entre todos ellos se enlazarán las viñas, “detrás del césped se plantarán hierbas aromáticas y medicinales y luego flores como la violeta, el lirio, la rosa” y otras semejantes. Las flores tenían la función de adornar las capillas y los altares. En este contexto hay que leer la presencia de elementos florales en la obra de Juan de la Cruz (Detente, cierzo muerto; / ven, austro, que recuerdas los amores, / aspira por mi huerto, / y corran sus olores, / y pacera el Amado entre las flores). La rosa se asocia a la Asunción (la tumba de la Virgen se cubre de rosas en el momento en que sube al cielo), según la *Leyenda Áurea*⁴⁴ — que sabemos estaba entre los libros de cabecera del Santo, según Ana de la Encarnación⁴⁵ — y Dante hace de esta flor el símbolo del amor místico. En el siglo XVI se utilizará el lirio para evocar la esperanza⁴⁶ y hará de éste el signo de la gracia y del amor, volviendo así a los orígenes de su simbología. Será en este siglo XVI cuando se establezca claramente la simbólica floral en función del gusto de la época por los emblemas, pero también porque el Concilio de Trento fijó las reglas de representación⁴⁷ de los mártires, de los santos, de la Virgen y de Cristo.

⁴⁴ *La Légende Dorée* de Jacques de Voragine

⁴⁵ El Padre Juan trabajaba en su celda, “la más humilde de la casa” (Juan Evangelista, Málaga, P.A. fº69), teniendo sólo una cruz, una imagen de la Virgen, una mesa y un taburete y como únicos libros: su breviario, la Biblia (que se sabía de memoria), San Agustín *Contra Gentes* y un *Flos Santorum* (Ana de la Encarnación, Málaga, P.A. fº692; Baltasar de Jesús, Úbeda, P.A. fº280; Alonso, seg., P.A. f62). Estudiaba en los lugares más solitarios de los conventos.

⁴⁶ Piero Valeriano, *Los Hieroglyphica*, Basilea, 1556.

⁴⁷ Los repertorios cristianos se multiplican por entonces: la obra de Piero Valeriano comprende un libro completo dedicado a las plantas y flores. Véase también R. P. Leroy-Alard, *La Sainteté de la Vie tirée de la considération des plantes*, Liège, 1641.

El *Herbularius*, el jardín de simples, conforma el último elemento del tríptico. Tras la caída del imperio romano, el saber medical de la Antigüedad fue salvaguardado en las abadías benedictinas y por la Escuela de Salerno. Ésta última, bien situada en el sur de Italia, añadió los conocimientos del Islam. En el siglo XII, uno de sus maestros, Matthaeus Platearius, redacta la primera enciclopedia médica, el *Circa Instans*, también conocido como *Liber de Simplici Medicina*. 229 capítulos de los 273 de esta suma de conocimientos botánicos están dedicados a las simples. Normalmente, el jardinero de los conventos era el hermano encargado de la enfermería. Sabemos por P. Alonso que estando en La Manchuela, fray Juan de la Cruz estaba bastante delicado y que el enfermero del convento era el hermano Francisco de San Hilarión, que debió ocuparse de preparar las hierbas que necesitaba del jardín de los simples.

Por su disposición en el centro del monasterio, el claustro es la primera imagen del *Hortus conclusus*. En él se concretiza una de las aspiraciones profundas de la vida monástica: retirarse del mundo, escapar a sus pecados, encerrarse en el enclaustramiento exigido por la regla. El claustro representa la contemplación en la que el alma se repliega sobre sí misma⁴⁸.

El *Hortus conclusus* de la literatura, la pintura, las miniaturas, simbolizaba el ideal de jardín y se correspondía con la imagen del jardín de la Virgen. El *Hortus conclusus* marial es la imagen más famosa del jardín místico, y origen de las exégesis sobre la virginidad de María⁴⁹ y de su Inmaculada Concepción, al que, recordemos, está dedicado el convento de La Manchuela.

Hasta el siglo XII la iglesia se contenta con afirmar la virginidad de María, antes, después y durante el nacimiento de Jesús, triple virginidad que se traduce en los tres lirios que acompañan a la Virgen. En el siglo XIII, los franciscanos, los agustinos y el Carmelo han atestiguado la inmaculada concepción, concebida sin pecado por Joaquín y Ana. Ante

⁴⁸ Guillermo Durando desveló la simbólica profunda en su *Rationale Divinorum Officiorum*, 1286.

⁴⁹ Este pequeño jardín, cerrado y regular, debe su origen al desarrollo del culto marial. Éste se desarrolla considerablemente en el siglo XII y tienen mucha importancia en ello las nuevas órdenes monásticas (Cistercienses por ejemplo).

esto, los dominicos y las universidades presentaron sus reticencias, hasta que un papa franciscano, Sixto IV, lo aprobara en 1477 (dogma promulgado en 1853). Las consecuencias iconográficas han sido considerables. Para sugerir la Inmaculada se comenzó a representar sobre fondo de cielo acompañada de todos sus atributos: estrellas, luna, sol, espejo, etc., lo que afirmaba más su maternidad virginal que su inmaculada concepción. La imagen del jardín cerrado acaba por imponerse⁵⁰ en el siglo XV en Occidente con el tema de la Virgen en el jardincito de rosas.

El final de la Edad Media yuxtapuso el Hortus Conclusus de María y el Hortulus Anime, el pequeño jardín del alma. Se trata de pequeños Libros de Oración o Libros de Horas, el más célebre el del cardenal Pierre d'Ailly, *Le Jardin amoureux de l'âme dévote* (principios del siglo XV). El cardenal muestra el alma enredada en ortigas y ronzas del pecado, encerrado en la clausura del cuerpo carnal, pero purificada por la fuente de agua viva de la gracia divina. Hecha a imagen de Dios, el alma está prometida al paraíso a condición de arrancar las malas hierbas (los pecados) y de cultivar las virtudes. Este paso al pequeño jardín del alma nos parece oportuno subrayarlo también para comprender la poesía de Juan de la Cruz, y en la dualidad del Alma y la Amada.

Para interpretar los textos rebeldes son necesarias las alegorías a veces más sorprendentes, pero que se pueden justificar con pensamientos como los del pseudo-Denys, quien dice que la luz divina ha de pasar por el filtro de las representaciones poéticas, si no nos cegaría, al menos al principio de las iniciaciones. Así quedan ya autorizadas el empleo libre de la alegoría. Pasado el primer heroísmo, ésta fue la atmósfera de lo que se llama el manierismo. El amor profano ya no es indigno de conversar con el amor sagrado. La pastoral vendrá a servir la causa de la representación, puesto que, en suma, estima que la naturaleza ha resistido al pecado original, que es bella y que se la puede ver, en su color, en su luz, que habla

⁵⁰ El tema empieza a ser tratado por los artistas del norte de Italia, después por los pintores de la escuela renana: Lochner, "Virgen de la rosaleda", 1445, Museo Wallraf-Richartz, Colonia; Schongauer, "Virgen del rosal", 1473, Colegiata de Saint Martin, Colmar. Las rosas rojas simbolizan en esta ocasión el amor, la belleza, la virginidad y los sufrimientos de la virgen, y la rosa blanca, única en el cuadro, la muerte. En "La caza mística", Schongauer ha representado la Anunciación en un jardín rodeado de un muro donde ha acumulado todos los símbolos de la virginidad de María.

por encima de la palabra. El *locus amoenus* es el marco mismo en donde se puede parecer y hacer valer lo que la tierra tiene de benéfico, y lo que los bien nacidos saben y pueden comprender.

Muere Juan de la Cruz en Úbeda el 14 de diciembre de 1591, en tierras de Jaén, donde ya hemos visto cómo había sentido el paisaje gienense, cómo había experimentado desde varias perspectivas sensibles y espirituales el paisaje que Sierra Mágina le ofrecía. Hemos visto también cómo le habían amado y admirado las gentes de Sierra Mágina, y cómo él se había ganado el respeto. Sin embargo, pasada la muerte, la priora de Beas, su amiga y confidente, no permitiría su olvido, y para ayudar a ésta, de nuevo estaría presente, de forma providencial, años más tarde, la sombra de Sierra Mágina.

A modo de conclusión, nos remitiremos al cuarto componente que hemos asignado a Sierra Mágina, dentro de las categorías de representación de lo sublime; la luz que con sus golpes de fuerza no deja de explicarnos el mundo. La luz desenreda el mundo, confiere presencia a las cosas. Lo que nos interesa, para terminar, es ese “sublime de atmósfera” que pensamos pudo encontrar Juan de la Cruz en Sierra Mágina, y que permitió que cada elemento, el paisaje, las gentes y la escritura pudieran interactuar entre sí bajo el principio activo que los relaciona, que es la luz de la naturaleza, la del corazón y la del entendimiento.

En la noche dichosa
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía,
sino la que en el corazón ardía.

Aquésta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía,
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

